

caballería que le conducía su lugarteniente Hope, del valle del Tajo á través la cadena de montañas que separa las dos Castillas; mas aún no había podido operar su unión con el general Baird. Moore era un jefe prudente al propio tiempo que bravo: era adorado de su ejército y sus más severos jueces no le han reprochado sino su excesiva desconfianza de sí mismo. Había probado en España todos los engaños que guarda un hombre de mando en medio

de una insurrección desordenada. Sabiendo uno tras otro en Salamanca los desastres del ejército español, profundamente desanimado por el desorden, la indisciplina, la inercia de los auxiliares con quienes había contado, irritado por las alternativas de jactancia, y de abatimiento que ofrecía su conducta, demasiado débil con sus veinte mil hombres, para emprender nada en serio contra un enemigo tan superior en fuerzas, Moore, preso de dolorosas per-



PAULINA BONAPARTE

plegidades, se había en un principio decidido á abandonar su posición avanzada de Salamanca para batir en retirada sobre Portugal dando á David Baird la orden de retroceder sobre la Coruña. Luégo á instancias de los generales españoles y de Frere, el enviado británico cerca de la Junta central, consentía, con grande alegría de los soldados que ardían en ganas de combatir, en marchar sobre Valladolid para hacer una diversión en favor de los insurgentes del Este y del Mediodía. Mas al decidirse á llamar al Norte las fuerzas de Napoleon, le era necesario sacrificar sus comunicaciones con Portugal y trasladar su línea de retirada, la cual iba á estar en lo sucesivo sobre la Coruña en lugar de estar sobre Lisboa.

En su marcha sobre Valladolid, el general Moore interceptó una orden por el cual Napoleon prescribía á Soult marcharse sobre León y atacara el cuer-

po de La Romana en la Galicia. En consecuencia de esta orden tomó un poco á la izquierda el camino de Toro y de Benavente para sostener sus aliados contra Soult, y hace el 20 de Diciembre en Mayorga su unión con Baird, lo que lleva sus fuerzas á veinticinco mil hombres. Afortunadamente para los franceses, Soult se había quedado en los alrededores de Carrión, y pudo replegarse delante de los ingleses que avanzaron hasta Sahagun, (22 de Diciembre).

Tal era la situación del ejército inglés cuando Napoleon se determinó en fin á venirle á atacar. El número de sus tropas en la Península no había hecho mas que aumentar, ya que los cuerpos de ejército de Junot y de Mortier acababan de desembocar el uno en Burgos y el otro en Zaragoza en donde iba á reforzar á Moncey; los soldados franceses habían conseguido sobre los españoles nuevas ventajas

y, sin embargo, lejos de que sus obstáculos hubiesen terminado en España, todo parecía volver á principiar.

La sumisión de Madrid había producido en provincias un movimiento de cólera y de indignación. Los ejércitos de la insurrección, bien que rechazados en todos los puntos, parecían reclutarse en la huída como los franceses se reclutaban en la victoria. Todo el que no había sido muerto en el campo

de batalla sentaba plaza de nuevo tarde ó temprano. Al cabo de algún tiempo no había un español en estado de llevar las armas que no hubiese servido sucesivamente en cinco ó seis ejércitos diferentes. Era necesario matar para someter, y Napoleon no retrocedía delante esta consecuencia muy lógica de su empresa. Mas era de una ejecución difícil con un enemigo tan hábil en sustraerse de en medio. Así se veía también reaparecer al cabo de algunos días un



LETTITIA RAMOLINO



ejército del cual los boletines habían anunciado *la total destrucción*. El ejército de Blake, aniquilado en Espinosa, contaba ahora diez mil hombres en Castilla y casi otros tantos en Asturias bajo las órdenes de La Romana; el de Palafox encerrado en Zaragoza, tenía en jaque los dos cuerpos de Moncey y de Mortier; el de Castaños, tan vivamente perseguido en Sigüenza, había bajado á Cuenca y tomado fuertes posiciones bajo las órdenes del duque del Infantado, y sus filas aumentaban á la vista; el de Extremadura finalmente á punto de disolverse por sus propios excesos después de Somosierra, y deshonrado por la muerte de San Juan, su general, había sido llamado al orden por Galuzzo que ocupaba Almaraz sobre el Tajo.

Esta situación de nuevo incierta después de éxitos en apariencia tan decisivos es, tal vez, en el fondo la verdadera causa del retardo que puso Napo-

leon para volver á tomar la ofensiva. Acostumbrado á estrechar fuertemente sus adversarios para destruirlos, estaba algún tanto desconcertado por los movimientos de un enemigo que desaparecía al punto que se estaba para cogerle. Sea lo que se quiera, habiendo sido informado el 19 de Diciembre de la marcha de los ingleses sobre Valladolid, comprendió que su línea de retirada se había cambiado y penetró casi sobre la marcha el plan de Moore:

«Todo conduce á pensar, escribía en una nota dejada á José, que evacuan á Portugal y llevan su línea de operaciones sobre la Coruña. Pero haciendo este movimiento de retirada pueden esperar causar un percance al cuerpo del mariscal Soult.»

Este último pensamiento era, en efecto, una tentación natural en la posición del general Moore, que iba á verse forzado á batirse en retirada sin haber combatido, y Napoleon esperaba que sucum-

biría. Así tendría tiempo de llegar sobre sus comunicaciones y de cortar el camino de la Coruña. El emperador tenía ochenta mil hombres á los alrededores de Madrid, tomó con él la mitad, y dejó la otra mitad á José, después de haber hecho fortificar el Retiro que viene á ser un verdadero campo atrincherado. José conservó los cuerpos de Lefebvre y de Víctor con dos divisiones de caballería, fuerzas más que suficientes para rechazar un ataque; el emperador llevaba consigo el cuerpo de Ney, la guardia imperial y fuertes reservas de artillería y de caballería. La pérdida de los ingleses le parecía casi cierta, y es incontestable que hubiesen escapado difícilmente si se hubiesen dejado colocar entre estos cuarenta mil hombres y el cuerpo de Soult: «Parto al instante, escribía á Josefina el 22 de Diciembre, voy á *maniobrar*, los ingleses que parecen haber recibido sus refuerzos *quieren hacer las calaveras*. El tiempo es hermoso; mi salud perfecta; estés sin inquietud.»

La tarde del mismo día atravesaba á pié las pendientes del Guadarrama, en medio de una horrorosa tempestad de nieve. El tiempo tan hermoso hasta ahí, habíase puesto malo, pero sin que lograra por esto disminuir la rapidez de sus movimientos. El 25 de Diciembre Napoleón estaba en Tordesillas, no lejos de Valladolid, siempre convencido que iba á sorprender y asaltar el ejército inglés: «Haz poner en los periódicos, escribía á José, que treinta y seis mil ingleses están cercados, que yo estoy á las espaldas de ellos, mientras que Soult está delante.» Algunos días más tarde fué necesario desistir de tal pensamiento.

Advertido por La Romana de la marcha de Napoleón, sir John Moore, en este momento á punto de inclinarse sobre Saldaña para atacar á Soult,—23 de Diciembre,—comprendió la necesidad de una retirada inmediata si quería evitar encontrarse entre dos fuegos. Supo tomar su partido con tanta habilidad como decisión. Su camino más directo para ganar la Coruña era el camino de Mansilla, pero como estaba interceptado por los equipajes del ejército español, retrocedió rápidamente sobre Benavente, hizo saltar los puentes del Ezla, y se puso en retirada sobre Astorga,—26 de Diciembre.—La vanguardia de Napoleón estaba aún en Medina de Rioseco. Moore apresuró la marcha de sus tropas; dejó en Benavente un cuerpo de caballería bajo las órdenes de lord Paget para retardar el avance de la francesa. Al llegar á esta ciudad con la caballería ligera, Lefebvre-Desnonettes, contrariado de ver los puentes rotos, hizo atravesar por un vado el Ezla á

cuatro escuadrones, que fueron rechazados y acuchillados por los ginetes enemigos, y Lefebvre mismo fué hecho prisionero en el momento en que iba á morir ahogado en el río.

Napoleón debió comprender que sus cálculos habían sido descubiertos. No podía, pues, hacer más que perseguir á los ingleses sobre su línea de retirada en lugar de cortarles. Su mal humor se desahogó en invectivas injuriosas. «Los ingleses habían no solamente cortado los puentes, sino que habían hecho saltar los arcos con minas, *conducta bárbara*, inusitada en la guerra!... Así el país entero les veía con horror.» Véase como este grande hombre era no poco escrupuloso en materia de actos bárbaros cuando se trataba de juzgar la conducta de sus adversarios. En el fondo, la barbarie que él les perdonaba menos, era el haber escapado de sus lazos. Cuando hubo perdido la esperanza de cogerles, su ejército ya no tenía de 36.000 hombres, sino veinticinco mil. «Su fuerza real, escribía, es de 20 á 21.000 hombres de infantería y de 4 á 5.000 de caballería.» Y añadía: «Deben quedar reconocidos á los obstáculos que ha opuesto el pasaje de los montes del Guadarrama y á los *infames barros* que hemos encontrado. Los barros de Polonia habían pasado á ser proverbiales gracias á los boletines, pero los barros de España tenían una leyenda un poco más difícil de acreditar.

La principal dificultad de la retirada de Moore estaba menos en la persecución del ejército francés que en la falta de viveres y el mal estado de los caminos. Nuestra caballería, mandada por Bessieres, le estrechaba de cerca, mas el cuerpo de Ney apenas había llegado á Benavente cuando los ingleses habían ya pasado de Astorga. Soult ganaba rápidamente terreno desde que hubo batido en Mansilla una retaguardia española encargada de defender este paso, mas no era bastante fuerte para atacar seriamente á los ingleses, bien que les hizo mucho mal hostigándoles sin descanso. Hasta Vilafranca sus sufrimientos, aunque grandes, fueron soportables. Pero cuando fué necesario atravesar las montañas cubiertas de nieve que separan Vilafranca de Lugo, los viveres faltaron casi por completo. Fué necesario, para procurárselos, forzar las puertas de las casas, y el ejército ofreció escenas de desorden indescriptibles. Se dejó en el camino á los hombres ebrios, á los heridos, numerosos rezagados muy débiles para ir más lejos y, entre ellos, multitud de mujeres y de niños; destruyéndose los bagajes que no se podían trasportar; se arrojaban á los precipicios cerca de un millón en monedas de oro; y se

mataban á centenares los caballos que no se podían alimentar; finalmente, no se escapó de un completo desastre sino gracias á una marcha de una celeridad extraordinaria, que permitió al ejército salir pronto de estas horribles angosturas y reparar sus fuerzas en Lugo,—5 de Enero de 1809.

Hasta ahí Moore había vacilado entre la Coruña y Vigo como línea de retirada; en Lugo conoció la necesidad de decidirse por la Coruña, en la que había de encontrar más facilidades para embarcarse. Napoleón se había quedado en Astorga. El mismo dió por razón, en una carta de esta época, que siguió más lejos el movimiento de su ejército se habría encontrado á veinte jornadas de París. Por otra parte, los rumores del ejército decían que después de haber recibido y leído unos despachos el 2 de Enero en Astorga, había permanecido durante algunos instantes absorto en profundas reflexiones, que luego dió órdenes de partir para Benavente sin comunicar su pensamiento á nadie. De ahí la opinión muy acreditada que había recibido este día noticias de una naturaleza grave que le obligaban á entrar de nuevo en Francia. Sin contestar la realidad de la pequeña escena de la lectura de los despachos, que es atestiguada por testimonios dignos de fe, creemos que la determinación de Napoleón debe atribuirse á motivos del todo diferentes.

Desde luego no se había producido ningún hecho nuevo ni en Francia ni en Europa que pudiese motivar esta repentina retirada. Austria continuaba armando como lo hacía desde varios meses antes, mas estaba aún bien lejos de poder entrar en acción, en cuanto á la influencia que se ha atribuido á las intrigas de Fouché y de Talleyrand, es una hipótesis fundada sobre habladurías sin importancia. En París no pasaba nada que pudiese causar á Napoleón la más ligera inquietud. Su verdadero motivo para pararse es que había reconocido que no tenía ningún medio para detener el embarque de los ingleses. Su golpe de lucimiento, tan ruidosamente anunciado, lo había errado, y no le interesaba hacer cuarenta ó cincuenta leguas á través de caminos horribles para asistir á su evasión, recogiendo por todo trofeo de una tan punible expedición tres ó cuatro mil rezagados vencidos por la fatiga más bien que por sus armas. Dejó este triunfo poco envidiable á los mariscales Soult y Ney, y regresó sobre la marcha á Valladolid.

El general Moore había abandonado á Lugo el 8 de Enero de 1809 por la tarde, después de haber vanamente ofrecido la batalla á Soult durante dos

días seguidos. El 11 llegaba á la Coruña y tocaba finalmente al término de esta difícil retirada que había conducido con tanta firmeza como prudencia. Una sorpresa terrible le esperaba ahí. Las embarcaciones en las que debía embarcarse no habían aún llegado. Recibió la noticia sin descorazonarse y lo dispuso todo para librar batalla á los franceses cuyos cuerpos estaban felizmente en retardo. El 14 de Enero los transportes de Moore aparecieron á la vista de la Coruña. Saliendo entonces de su inacción, Soult se esforzó en oponerse al embarque de los ingleses. Se libró un largo y encarnizado combate en la jornada del 16, pero no alcanzó sobre ningún punto quebrantar las posiciones tomadas por Moore. Los ingleses embarcaron hasta su último hombre antes de alejarse de la Coruña, pero sus dos generales Moore y David Baird fueron, el uno herido de muerte, el otro gravemente herido, esto en el momento en que se operaba el rescate del ejército que habían salvado á fuerza de perseverancia y de estupidez. «Sabed, dijo Moore al momento de espirar, á su amigo el coronel Anderson, que siempre he deseado morir así... ¡espero que el pueblo inglés estará contento!»

Napoleón partió de Valladolid para París el 17 de Enero de 1809, sin esperar el resultado de la persecución de Soult y Ney. Desde el 1.º de Enero había previsto que no conseguiría impedir el embarque de los ingleses; este era el verdadero motivo de su repentina resolución de no ir más lejos. Todo lo que se ha escrito á propósito sobre la pretendida posibilidad de alcanzarles en el camino, sobre la falta que hubiesen podido cometer los mariscales favoreciendo la huida al enemigo por su tardanza, cae delante estas simples palabras dirigidas á Soult en nombre del emperador por el mayor-general Berthier, el 1.º de Enero de 1809: «Señor mariscal, el emperador, preveyendo un embarque de los ingleses, ha dictado instrucciones para las últimas operaciones del duque de Elchingen y para las vuestras. Ordena que, *cuando los ingleses estén embarcados*, marchéis sobre Oporto, etc.» Para que el emperador admitiese esta retirada como un hecho acabado, tanto tiempo antes de que fuese acabada, era necesario no solamente que fuese muy probable, sino que tuviese en su favor mil probabilidades contra una.

Nada había concluído en España cuando tomó el partido de volverse á Francia. El ejército inglés se alejaba de la Coruña, pero era muy probable que por mar marchase sobre Portugal en donde había dejado un destacamento de cerca diez mil